

RESEÑA

MIGUEL DE ASÚA, *Science and Catholicism in Argentina (1750-1960): A Study on Scientific Culture, Religion, and Secularisation in Latin America*, Berlin/Boston, De Gruyter, 2022, 359 págs.

Miguel de Asúa, profesor de la Universidad Nacional de San Martín e investigador principal del CONICET, ha publicado este trabajo que abre perspectivas muy novedosas para los estudios de la historia de la ciencia en Latinoamérica. Abarcando más de doscientos años de la historia argentina, el autor analiza las diversas interacciones entre la ciencia y la religión, considerando las tensiones propias de cada período histórico presentado.

El trabajo reflexiona en torno al papel que tuvo la ciencia dentro del proceso de secularización de la sociedad argentina durante el siglo XIX y la primera mitad del XX. Con el apoyo de una gran cantidad de evidencia y bibliografía, Miguel de Asúa confronta el postulado según el cual la ciencia habría sido “motor” y causa de la secularización, por haber contribuido a disipar el “obscurantismo” asociado a la tradición religiosa. Así, el autor sostiene que el desarrollo republicano se habría apoyado en un relato de corte ideológico que incluía la idea de que la ciencia traía consigo el progreso y la civilización, lo cual correspondería a una característica de sociedades que han experimentado patrones franceses en sus procesos de secularización (pp. 4-16).

En primer lugar, el libro examina el impulso que los jesuitas dieron al desarrollo intelectual en los dominios españoles hasta antes de su expulsión en 1767, en particular en el Río de la Plata. La obra analiza en especial las misiones guaraníes, subrayando una idea central: en ellas la ciencia se encontraba al servicio de la religión (de la evangelización) y esta, a su vez, estimulaba el cultivo de las ciencias. Lo anterior se ve concretado en breves análisis en torno al desarrollo de los géneros literarios de las “Historias naturales”, la medicina, astronomía y cartografía¹. Tras la expulsión de los jesuitas, las historias naturales fueron reemplazadas por el acervo de obras emanadas de las diversas expediciones científicas españolas, cuyo objetivo era el conocimiento de los recursos de las colonias para su mejor explotación, lo cual otorgaba un sentido y objeto diferente al cultivo de la ciencia.

Esta armonía entre ciencia y religión continuó durante los últimos tiempos de la Colonia y las primeras décadas del siglo XIX, incluida la Independencia y las décadas siguientes. La Ilustración y muchos de los avances en torno a los estudios de la naturaleza, ya circulaban en territorio argentino, pero no dañaron la convivencia entre ambas

¹ Este interesante tópico ha sido tratado por el mismo autor en su libro *Science in the Vanished Arcadia. Knowledge of Nature in the Jesuit Missions of Paraguay and Río de la Plata*, Brill, Leiden, 2014.

esferas. Las reformas borbónicas impulsaron la creación de varias entidades de enseñanza; nuevas perspectivas en torno a la geología bíblica, apoyadas tanto en las modernas teorías geológicas como en algunos trazos de teología natural, atravesaban las obras de sacerdotes y laicos interesados en el estudio de la naturaleza, como Dámaso Larrañaga. Si bien estas aproximaciones desafiaban una lectura literal de la Biblia para el estudio y comprensión de la naturaleza, la “ilustración católica” consiguió asimilar aquellos puntos del pensamiento ilustrado que no significaban mayor conflicto con la religión.

La década de 1820 estuvo atravesada por la reforma de Bernardino Rivadavia, cuya propuesta de organización del Estado incluía una reforma eclesiástica. Si bien esta no fue antirreligiosa, significó poner a la Iglesia bajo control del poder civil, con un claro tinte regalista y significó la confiscación de inmuebles eclesiásticos que fueron usados como edificios para instituciones civiles o científicas y también la secularización de hospitales que antes funcionaban bajo la dirección de órdenes religiosas. Se creó la Universidad de Buenos Aires, cuya enseñanza en el plano de la filosofía estuvo influenciada por el utilitarismo y corrientes intelectuales francesas, mostrando un enfoque secular que respondía al espíritu del programa de reforma. Lo anterior impulsó la contratación de diversos intelectuales y naturalistas extranjeros que ocuparon los puestos dentro de esta nueva institucionalidad, cultivando la ciencia en un plano independiente de la religión, lo que constituyó una novedad, aun cuando no el quiebre definitivo entre ciencia y religión.

Uno de los mayores aportes del libro se encuentra en el análisis de las décadas de 1870-1890, que constituyen el período más álgido de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. De Asúa evidencia la circulación de la “tesis del conflicto” entre ciencia y religión, cuyo principal antecedente intelectual fue el libro de John William Draper titulado *History of the conflict between Religion and Science*. Draper, químico de origen británico, desarrolló toda su carrera universitaria en Estados Unidos. A partir de su afinidad con el positivismo comtiano, realizó este y otros libros en los cuales se propuso resaltar la imposibilidad de una relación armónica entre la ciencia y la religión católica, repasando todas las tensiones que, a su juicio, habían tenido a lo largo de la historia occidental². El texto de Draper es analizado junto a la difusión de la teoría evolucionista de Charles Darwin, siendo ambos presentados como los componentes de un discurso que utilizaba la ciencia para legitimar la agenda secularista del gobierno. La recepción del evolucionismo ha sido muy tratada en Latinoamérica y Argentina, no así la circulación del conflicto entre ciencia y religión, lo cual agrega un enorme valor a la investigación.

Durante los gobiernos de Domingo Faustino Sarmiento, Nicolás Avellaneda y Julio Argentino Roca (1868-1886), en un contexto de confrontación entre las elites liberales

² Para más detalles acerca de la tesis del conflicto y el impacto de John William Draper en la esfera anglosajona, recomendamos John Hedley Brooke, *Science and Religion. Some historical perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

y católicas, la Iglesia perdió muchas de las funciones que hasta entonces desarrollaba y a través de las cuales ejercía una fuerte influencia en la sociedad. La discusión política en torno a la secularización se vio incentivada, además, por la masiva llegada de inmigrantes, que propició la aparición del pensamiento anticlerical, al tiempo que nuevas congregaciones religiosas y grupos protestantes venidos desde Europa contribuyeron a la discusión. Como en otros países de América Latina, incluido Chile, la masonería tuvo un activo rol, mientras que la respuesta de los fieles y líderes católicos se dio a través de la creación de asociaciones, periódicos y partidos políticos para la defensa de sus intereses. Este escenario recibió la obra de John William Draper junto a las ideas de la Ilustración francesa y el positivismo comtiano. La agenda secularista utilizó el progreso y la ciencia como parte de su discurso, lo que se tradujo en la creación de numerosas instituciones a cargo de científicos extranjeros, en su mayoría protestantes o agnósticos.

De Asúa consigue penetrar y explicar la recepción y difusión de las ideas de Draper en medio de los debates intelectuales argentinos de la segunda mitad del siglo XIX. El autor rastrea su presencia en la prensa liberal, que la difundió con profusión, y las respuestas de la prensa católica. Analiza, además, los argumentos tomados de este libro en los debates parlamentarios de 1870 y 1879, en las discusiones sobre la separación de la Iglesia y el Estado o la libertad de exámenes para la educación escolar, destacándose la formación de un discurso de la ciencia como símbolo de un progreso que disiparía el oscurantismo religioso. Miguel de Asúa destaca la importancia de la polémica suscitada en torno a la eventual publicación del libro de Francisco Pascacio Moreno –antropólogo y explorador de la Patagonia, director del Museo de La Plata– *Viaje a la Patagonia*, que refería a las últimas teorías en torno al origen del hombre (abogando por una vertiente materialista y contraria a la religión). Este debate puso sobre la mesa cuestiones sobre la identidad religiosa de la nación, así como la pertinencia de que un Estado laico apoyara la publicación de un libro que se estimaba atacaba la conciencia religiosa de muchos argentinos. La discusión, por otro lado, mostraba la unidad entre la defensa de una ruptura entre religión y ciencia, el pensamiento evolucionista y el proyecto de un estado secular en la Argentina de 1880 (pp. 125-128).

Sobre el impacto de la teoría evolucionista, el autor refiere a la figura del abogado Juan Manuel Estrada, quien combatió el darwinismo desde una perspectiva filosófica, por ver en esta teoría una amenaza al orden social. El Círculo Médico Argentino, por su parte, difundió los postulados del naturalista inglés a través de la figura de Onésimo Leguizamón y con el homenaje a Darwin que tuvo lugar un mes después de su muerte en 1882. La respuesta católica estuvo representada principalmente por el estudiante de medicina Pedro S. Alcacer. Los debates parlamentarios de 1883-1884 sobre la reforma educativa que buscaba declarar la educación obligatoria, laica y gratuita también demostraban la presencia de los argumentos en torno a la evolución, la ciencia y la religión. Todo lo anterior muestra, según el autor, el uso de las ideas de Draper y Darwin, funcionales a los intereses de la elite política liberal.

Entrando en el siglo XX, la obra examina la supervivencia del espíritu antirreligioso de finales del XIX que, junto a las nuevas ideas teosóficas y el esoterismo, mantenían con vida la tesis del conflicto entre ciencia y religión. Al mismo tiempo, se observa un traspaso de esa tesis desde las elites liberales hacia sectores socialistas, quienes se empeñaron en difundir la ciencia entre las masas. De Asúa subraya la intención de establecer una “religión secular” basada en la ciencia, sus avances y las figuras científicas de la nación, capaz de reemplazar el dogmatismo y el sentimentalismo que estimaban como predominante en el cristianismo. Ejemplo de ello fue el intento por convertir la casa del paleontólogo Florentino Ameghino –creador de la teoría del hombre de la pampa y reconocido anticlerical–, ubicada en Luján, en un lugar de peregrinación nacional para todas las escuelas del país. Ameghino encarnó una “moderna santidad” anclada en el quehacer científico. Sus teorías fueron muy cuestionadas por el jesuita José María Blanco –quien además se enfrentaría a las vertientes materialistas en el terreno de la psiquiatría–, filósofo de origen español con formación científica de la mano de Jaime Pujiula S.J., reconocido antievolucionista. El autor destaca que el pasar del tiempo y los debates sostenidos demostrarían que las críticas de Blanco no eran equivocadas y que la teoría de Ameghino carecía de sustento. A juicio del autor, Blanco vino a ser la figura que dio a entender que, pese a que en Argentina había predominado la idea de oposición entre ciencia y religión, los católicos habían tomado un rol más activo en el desarrollo científico y sus debates.

Esto último se materializó en los primeros decenios del siglo XX, con la aparición de una nueva generación de laicos católicos y sacerdotes dedicados al cultivo de la ciencia, quienes pusieron en entredicho el monopolio secularista de la práctica y el discurso científicista. De acuerdo con De Asúa, este proceso estuvo unido a un renacimiento católico de corte integrista (existiendo excepciones) y al surgimiento de las corrientes nacionalistas propias del período.

Muy interesante y relevante resulta la diferenciación que se realiza entre aquellos católicos que, sin desmerecer su posición como científicos, tendieron a favorecer posiciones políticas de corte autoritario y corrientes filosóficas neo-tomistas, mientras otros defendieron la democracia liberal por encima de la ortodoxia doctrinal (con influencia del pensamiento de Jacques Maritain, entre otros). De manera muy clara y bien documentada, el autor examina la relación de ambos grupos con el movimiento de reforma universitaria de inicios de siglo y la posterior creación de institutos de investigación e instituciones privadas de enseñanza superior, junto a la Universidad Católica Argentina. Destaca la figura de Eduardo Braun Menéndez, médico de gran trayectoria profesional e intelectual, opositor a Juan Domingo Perón e impulsor de nuevas instituciones que liberarían la enseñanza superior de la tutela estatal, en particular tras la caída del peronismo. Más allá de las diferentes posiciones entre los propios católicos en relación con los temas políticos, hubo un “renacimiento católico” que se caracterizó por la aparición de laicos y sacerdotes dedicados a la investigación, y que jugaron un papel preponderante

en el panorama científico y universitario argentino, desafiando el monopolio secularista de la ciencia.

Es preciso destacar la variedad de fuentes utilizadas, que incluyen manuscritos de diversas épocas –algunos obtenidos en archivos extranjeros–, periódicos, archivos y una enorme bibliografía que otorgan a este libro una enorme solidez en su análisis y conclusiones.

La investigación, que recorre un extenso período de tiempo, examina profundamente la relación entre la ciencia y la religión en Argentina, que se inicia con una completa armonía entre ambos campos, seguida por una segunda etapa de quiebre radical, concluyendo con un nuevo período de acercamiento hacia el siglo XX. Entrega gran cantidad de detalles que hacen muy amena e interesante la lectura, constituyendo una buena invitación a mirar este aspecto de la historia argentina desde una perspectiva novedosa. Tanto el modelo de trabajo como los resultados de la investigación presentados por De Asúa pueden abrir caminos de estudios similares en otros países latinoamericanos.

MARÍA LUISA HARRISON TUPPER

Doctora en Historia por la Universidad de los Andes